

LA UNIVERSIDAD: a propósito de la tragedia***Jaime Jaramillo Uribe**

Ojalá los trágicos sucesos ocurridos en la capital durante los días 8 y 9 y que tuvieron su epicentro en la Universidad Nacional, sirvan para que de una vez por todas los hombres de gobierno y la ciudadanía toda vuelvan los ojos hacia su primer instituto docente, síntesis de lo que sea y de lo que puede ser la nación.

Los acontecimientos que han dejado tan doloroso balance no se han presentado al azar, ni carecen de subsuelo moral como espíritus superficiales y poco acostumbrados a penetrar en los antecedentes y en los recónditos móviles de los hechos sociales podrían pensarlo. Desde hace muchos meses desde estas columnas veníamos denunciando las anomalías existentes en la Universidad Nacional y expresando la convicción de que era necesario hacer sentir allí los efectos saludables del trece de junio, porque estábamos y estamos convencidos de que un instituto donde se preparan las clases dirigentes del país, y que por otra parte había sido desfigurado en sus fines científicos y morales por obra de una política sectaria y antinacional, no podía quedar al margen de la cruzada redentora que se proponían realizar las fuerzas armadas.

Desde estas columnas habíamos puntualizado muchos hechos. El régimen anterior destruyó la autonomía universitaria por medio de un decreto de dos artículos dictado por su penúltimo Ministro de Educación, decreto que eliminó la representación directa del estudiantado en los cuerpos directivos, redujo a un año el período de los decanos y autorizó al rector para remover, con el sólo visto bueno del Ministro, cualquier funcionario universitario desde un portero hasta un decano. La Universidad quedó reducida a una dependencia administrativa del Estado entre muchas, manejada con astucia y prácticas burocráticas; se destituyó de sus cátedras a meritísimos maestros que habían prestado sus servicios durante largos años, experimentados, eficientes y sobre todo, queridos por el estudiantado por su ciencia, por su carácter y por su espíritu alto y generoso para comprender los problemas del estudiantado y de la cultura. En su lugar fueron colocados, en la mayoría de los casos, hombres improvisados, sin antecedentes académicos y científicos, y decanos que asumieron la única misión de podar el árbol universitario de viejos servidores. Alguno de ellos, de muy ingrato recuerdo, se atrevió a decir en *El Siglo*, para justificar su política de "tierra arrasada", que "precisamente para eso había sido llevado a esa posición

El 13 de junio abrió una perspectiva promisoriosa y existían justas razones para pensar que sus efectos llegarían también a la Universidad. Después de todo, allí se educaban cerca de diez mil estudiantes que constituían lo mejor de la patria, diez mil muchachos que por espacio de varios años habían presenciado impotentes el atropello a todos los valores, que cotidianamente recibían la amarga lección de la precariedad de los méritos auténticos frente a las maniobras de experimentados políticos o astutos hombres de compromiso. A sus ojos,

* *El Tiempo*, Bogotá, junio 11 de 1954. Nota redactada con ocasión de la matanza de estudiantes en Bogotá el 8 y 9 de abril de 1954.

y sin que tuviesen medio alguno para impedirlo, las autoridades universitarias sólo se ocupaban de cambios en las nóminas y de hacer elecciones para conservar un botín burocrático mientras los esenciales problemas del estudiantado esperaban inútilmente una solución.

Hace cerca de un año murió un estudiante por falta de auxilios médicos -¡cuántos no mueren diariamente ignorados!- y los estudiantes pidieron la construcción de una clínica universitaria. Hace cerca de dos meses los universitarios de la Facultad de Odontología venían pidiendo con insistencia la participación de la Universidad en una vasta campaña de defensa de su profesión y el relevo de profesores ostensiblemente incapaces, y las directivas centrales contestaron siempre con evasivas y necias defensas del principio de autoridad. El estudiantado reclamaba servicios eficientes, más residencias estudiantiles, mayor asistencia moral y social, decanos efectivos que tuviesen contacto permanente con los problemas grandes y pequeños de sus facultades y de sus discípulos, pero todo anhelo y toda petición de esta clase caía en el pozo sin fondo de los consejos que no se reunían porque sus miembros eran gentes demasiado ocupadas con labores extrauniversitarias, o porque las solicitudes eran de aquellas que obligan a afrontar responsabilidades, a jugarse una pequeña canonjía o a poner en peligro una mediocre tranquilidad burocrática.

No sólo esto. Cuando a pocas semanas del 13 de junio se presentó la oportunidad reglamentaria de renovar el supremo organismo de la Universidad, su consejo directivo, con bondad que nosotros consideramos funesta, el gobierno central subestimó la situación y mientras del Ministerio de Educación Nacional, en ese entonces en las manos "católicas y bolivarianas" del señor Mosquera Garcés, salía la reelección de los representantes del ejecutivo, ambas personas vinculadas por mil títulos ilustres al régimen anterior, del otro, habilidosos funcionarios conseguían la reelección de los restantes, para formar así un cuerpo acomodaticio que asegurase reelecciones y trincheras.

El resultado de tal situación quedó a la vista y ha dado resultados perfectamente lógicos. Por una parte, unas autoridades universitarias impopulares, sin el más mínimo asentimiento en el estudiantado, aquejadas de complejo de miedo y de mala conciencia, que requerían constantemente la protección de la fuerza pública para garantizar un orden fantasma; de otra parte, un estudiantado angustiado, sin rumbos y sin maestros. ¿No fue precisamente uno de los rasgos más trágicos de las escenas que acabamos de vivir, el que en los momentos más angustiosos de aquellas horas ningún funcionario de alta jerarquía, con la honrosa excepción del decano de la Facultad de Derecho, se hubiera presentado en las aulas y silo hizo sólo recibió el rechazo del estudiantado?

Todo esto obliga a meditar. Nuestro primer instituto docente no puede ser tratado como una simple parcela burocrática del Estado. La dolorosa experiencia que acabamos de vivir debe servirnos para intentar a fondo una revisión de la política universitaria. Debe devolverse a la Universidad Nacional en primer lugar su autonomía. La participación directa de estudiantes y profesores en la elección de sus propios directores debe restituirse para que todos se sientan partícipes de una misma comunidad de intereses; la selección del profesorado debe hacerse sobre la base de rigurosos factores morales y científicos y hay que hacer estable la situación del personal administrativo y docente. En una palabra hay que devolver al estudiante el sentimiento de que pertenece al más alto cuerpo espiritual de la nación, hay que restaurarle su confianza, casi diríamos su amor por quienes los dirigen. La Universidad no puede seguir siendo una fábrica muerta de profesionales, manejada con

critério burocrático, ni un agregado sin sentimiento auténtico de fraternidad, ni menos aún una trincherá desde donde se combaten los propósitos de paz, justicia y libertad que animan al gobierno de las fuerzas armadas.

